

Alta mar, Marzo 25 de 1879.

MARIA:

Tambien á Panamá lo habia visto otra vez; pero solamente ha adelantado de entónces acá en la construccion del grande hotel que queda mirando al Sur, frente á la plaza principal; este edificio es el único que llama la atencion por su fábrica arquitectónica, sus grandes dimensiones, lo cómodo de sus cuartos y el buen servicio de su restaurant.

La Catedral está tambien situada en la misma plaza con vistas al Occidente;

es un edificio de una arquitectura pesada y anticuada y nada agrada de él exterior é interiormente. La direccion de las calles de Panamá, es un poco irregular y las casas igualmente de construccion anticuada, sucias, de triste aspecto, y como existen algunas arruinadas y otras recién incendiadas y que han abandonado sus dueños, dan á todo el conjunto de la ciudad un aspecto ruinoso y triste, añadiendo á todo esto el fuerte calor que hace.

A la parte occidental de la poblacion está el mar y se miran todavia cerca de la plaza, algunos trozos de las antiguas fortificaciones.

Cuando pasé por San Thomas, un eclesiástico español que posó en el mismo hotel que yo, me recomendó parase en una casa de huéspedes que habia en cierta calle vecina á la bahía, por cierto muy sucia lo mismo que la casa ahumada, y semejante á las demas casas viejas de la ciudad; me recomendó, repito, dicho eclesiástico, la bondad y

baratura de la tal posada y el buen carácter de la patrona.

En el momento de mi llegada, me diriji á instalarme á la casa de esta señora y me encontré con una anciana escualida, malhumorada, que me dirijió á un cuarto interior y triste que me causó mal efecto: los muros manchados, el cielo raso raído, un catre medio desvencijado y el aguamanil y el demás mobiliario, corriendo parejas con el resto; en fin, el conjunto de todo esto exhalando un pequeño mal olor y manifestando peor aspecto.

Pedí la comida, porque no dejaba yo de tener algun apetito y además oía yo que se comía en un departamento vecino; fuí conducido á un comedor estrecho en el que habia una larga mesa cubierta de un mantel de dudosa blancura, lleno de manchas de diversos colores y sobre la que habia algunas soperas, fuentes y otras vasijas medio llenas y de las que se habian servido unos cinco individuos de fecha de tinterillos, porteros de oficina y otros tal

vez mendigos vergonzantes, porque todos revelaban por sus trajes una procedencia no muy aristocrática.

No hubo remedio, con asco ó sin él tomé algo de lo que habia, y los individuos aquellos me miraban con una curiosidad impertinente como si fuera animal raro, acaso porque estaba mas aseado que ellos, por extranjero en la casa, ó que se yo... en fin, fueron saliendo despues uno tras otro y á mi me llegó mi turno.

Al otro dia, no quise disfrutar ya de la amable compañía de mis compañeros de mesa de la víspera, y propuse á la dueña de la casa comer en mi cuarto, á lo que accedió contenta, mediante un aumento en el alquiler de la posada; pero, eso sí, imponiéndome en el deber de sujetarme á los usos cristianos de la poblacion y de la casa, de comer de vigilia ese dia porque era viérnes, y privarme aún de tomar huevos, y qué sé yo que otros lacticios y hielo. Al oír semejante demanda solté una carcajada y dije á mi patrona.

—Señora, un viajero come lo que le da la gana, y además están dispensados de comer de vigilia, porque así lo demandan las condiciones de su estómago.

—Qué; no es usted cristiano?

—A usted no le importa le sea ó deje de ser, contesté un poco alterado; lo que le interesa es servir con eficacia á sus parroquianos, y presentarles que le piden.

—No, pues lo que es en esta casa, todos los que comen en ella, se sujetan á comer de vigilia en los días que le manda la Iglesia.

—Los que se sujetan, dije riendo alegremente, serán esos pobretes que he visto comiendo ayer; lo que soy yo me marchó al grande hotel, á pesar de la recomendación del padre, amigo de usted; quede con Dios.

Ya me marchaba calándome mi sombrero, cuando me detuvo la vieja impertinente, exclamando:

—No, no señor; ¿qué dirá el padre Sarmiento cuando sepa que usted se ha

salido de mi casa? Quédese usted, y yo le serviré de carne, le daré huevos, pescado, hielo y cuanto me pida.

Yo creo pensando cristianamente, que la aquiescencia de la dueña de la casa no fué por respeto al padre Sarmiento; sino porque se le iba un parroquiano que le dejaba algunas pesetas, pagándole el doble de lo que valía su pocilga.

Accedí yo porque al fin al otro día en la tarde salía para el Perú, y era inútil trasladarme por tan poco tiempo al grande hotel ó á cualquiera otro.

La comida era casi al estilo del país, y como algunas veces entraba la anciana cuando yo estaba á la mesa, solía yo soltarle algunas pullas, sobre las excomuniones á los que promiscuaban, sobre el infierno y otras cosas de este jaez, que no dejaban de mortificarla por el tono burlesco con que las espetaba; pero ella movía la cabeza y callaba porque le iban en el gallo algunos patacones.

¡Tal es el poder del interés!

En efecto, al otro día, en la tarde, salí de Panamá, y al irse alejando este vapor, la ciudad iba tomando un aspecto más pintoresco, simulando sus casas sucias y ruinosas, amontonadas y ceñidas de su antigua muralla, una de aquellas viejas ciudades europeas construidas en la Edad Media.

Desde que salí de México, he navegado constantemente en la Mala Real Inglesa, y aunque sus vapores son hermosos y aseados, y su seguridad está á prueba; tienen, sin embargo, un inconveniente, y es la pésima comida que sirven en ellos; pues ya sabes que las cocinas americana é inglesa, son desabridas, y hacen de dos ó tres cosas buenas una mala, que para ellos será excelente; pero para nuestro paladar es insufrible. ¡Y se vé! lo mismo dirán ellos de nuestras comidas. En las dos cocinas mencionadas, al poner sus manjares en las mesas, ¿no has observado que agregan en ellas una variedad infinita de salsas picantes, vinagres, pimientas y otras sustancias excitantes para agregar á los guisos?

Pues esto quiere decir, que tienen la conciencia de que es necesario acabarlos de condimentar al tomarlos, porque per sí solos no es posible pasarlos. Otro tanto digo de las cocinas alemanas, irlandesas y demás, y todas estas nacionalidades toman con mucho gusto sus guisotes desabridos, y su patriotismo llega hasta preferirlos á los mejores y mejor condimentados de la cocina francesa, española y la nuestra.

He observado que los mexicanos, teniendo como nadie, una cocina más rica, variada y sabrosa, por moda ó por monería, torturan su paladar á los guisotes arriba mencionados, y casi, casi desprecian sus comidas nacionales, destrándolas de sus mesas como de mal tono y exclamando: ¡Puf! El mole, las enchilladas, los frijoles, las tortillas, etc., etc., es una comida villana, ordinaria é impropia de la gente decente. En esto he notado también que somos aún más exagerados que los habitantes de las demás repúblicas que tienen más apego á sus cocinas. Que me perdonen

mis compatriotas, al ménos los que tienen la manía de adoptar la moda en todo, hasta en el comer, que no en esto, pues el hombre puede vivir con cualquiera alimento; sino en otras costumbres de más utilidad, como en el trabajo, en la constancia, en el estudio y en otras virtudes, es en lo que han de imitar á las demás nacionalidades; no en tomar beefsteack, roastsbeef y otras carnes estrafalarias, bautizadas con los nombres más pomposos y que acaso serán de caballo, de burro y tambien de perro.

He visto en el extranjero, mexicanos verdaderamente curados que ridiculizan á los que no han salido de México, y tienen la monomanía de la imitacion en las comidas, suspirando por un plato de mole de huajolote, de gallina ú otro; por un plato de tamales, frijoles, etc., y que darian lo que no tienen por tomarlos. ¡Felizmente, muchos de esos mexicanos maniáticos, lo son por darse tono solamente delante de ciertas gentes; pero cuando están solos ¡qué bien

saborean estos guisos y se engullen un gran plato de enchiladas con su correspondiente Tlamapa!

Tal vez yo participé, María, de ese defecto en otro tiempo, y me avergonzaba de tener frijoles ó chile delante de un extranjero ó persona distinguida; pero los viajes y lo mucho que he observado, me han enseñado á no ser ridículo, y que, así como cada nacionalidad prefiere sus comidas á todas las del mundo, así los mexicanos debemos tomar las nuestras, que por cierto son bien sabrosas y se avienen aún á los paladares extranjeros.

Me ocurrió hablarte de esta materia, comenzando por la comida inglesa, para referirte que, despues de venirla tomando en mi viaje del Atlántico, al trasbordarme al Pacífico en un buque chileno, experimenté el contraste más agradable que darse pueda. Llegó la hora de comer, y al sonar con la campanilla el 2º toque de ordenanza, nos colocamos todos los pasajeros de 1º en el asiento que á cada uno le habia sido designado.

Muchos de ellos, de nacionalidad hispano-americana, exclamaron juntos conmigo: ¡Bravo, magnífico, qué cambio tan feliz! Esta exclamación la causaban los atractivos guisos que humeaban en los platones; el puchero que lucía el carnero y la res riquísima de Chile, saliendo por aquí y ahí los trozos de jamón; otro platon contenía como una montaña, la rica vitualla mezclada de todas hortalizas, y finalmente, los postres, la fruta y los helados.

No nos cansábamos de elogiar cada platillo que desaparecía al impulso febril de nuestras mandíbulas; había personas allí que casi tenían el estómago estragado, por las comidas del vapor inglés, y otras que venían ayunando porque su paladar resistía á gustarlas.

Todos estos días, sin exageración, han sido de fiesta para nosotros, solamente por el cambio de cocina, y además, porque veníamos tratando con los oficiales chilenos, que todos ellos son unos caballeros cumplidos.

Como el vapor viene costeanado por

la tierra colombiana, la vista se recrea delante de los espesos bosques y la poderosa vegetación que cubre las riberas; ayer pasamos el Buenaventura, y creo que mañana entraremos á las costas del Ecuador: en Guayaquil, donde probablemente harémos escala, te escribiré otra carta, dándote cuenta de lo que vea. Adios, María.

Alta mar, Marzo 27 de 1879.

QUERIDA MARIA:

Hoy á medio dia, zarpó el vapor del frente de Guayaquil, donde atracó ayer á la misma hora.

En efecto, al entrar á este puerto del Ecuador, se va estrechando el mar poco á poco, formando como una prolongada ensenada, de modo que la lengua de tierra queda á la derecha, mirando al Sur, y el mar al otro lado, por el Occidente. Al paso que se va acercando el vapor á Guayaquil, se miran las montañas de uno y otro lado.

Llega finalmente despues de navegar en esa vía, unas doce horas, y se sitúa como á un cuarto de legua de la ciudad; ésta se presenta á la vista del espectador, encantadora por la regularidad de su plano, sus almenas y torrecillas salientes y por la prolongada fila de portales que corre en todo el largo de la orilla. Los arcos de toda esta portalería, dan un aspecto majestuoso al conjunto, especialmente de noche, con la iluminacion que forma una perfecta línea recta y se reproduce en las aguas. Este espectáculo se disfruta desde el vapor, y á pesar de los zumbidos y picaduras de los zancudos, no se aparta la vista de él.

A pocos momentos de haber anclado el vapor, salí á tierra en uno de los muchos botes que lo rodeaban y me dirijí á los portales, que tan bellos me parecieron desde léjos. Efectivamente, no dejan de tener algun mérito y, sobre todo, se hayan bien surtidos de tiendas de ropa, almacenes, ferreterías, mercerías y pulperías, como que Guayaquil